

*Ricardo A. Latcham: Antología. Crónica de varia lección.* Selección y prólogo de ALFONSO CALDERÓN y PEDRO LASTRA. Zig-Zag, Santiago, 1965.

Hermoso homenaje a la memoria de Ricardo A. Latcham —fallecido en enero de 1965— lo constituye la *Antología* compilada por Alfonso Calderón y Pedro Lastra, que apareciera el año recién pasado bajo el sello de la empresa editora Zig-Zag. A más de hermoso, merecido el homenaje, porque la figura del ilustre escritor traspasó con creces las fronteras de su patria chilena hasta llenar todo el ámbito de Hispanoamérica. Su erudición era increíble, pero la supo llevar con finura. Para Latcham la literatura era vida, y estaba escrita por hombres que una vez amaron, lucharon, y que, a la luz de su experiencia, quisieron perpetuar algo de lo que les había tocado en suerte padecer. La erudición inviste de autoridad a la obra de Latcham, y el soplo vital que la insufla le otorga humanidad. Su memoria oceánica —como la llamara Mariano Picón Salas— rondaba por las literaturas de todo el mundo, pero su mar predilecto era el de nuestra lengua y nuestra cultura. Todo lo había leído, y pocos tan capacitados como él para calar hondo en la más apasionante de las búsquedas: la definición de la realidad hispanoamericana, el descubrimiento raizal de lo que somos, auscultado a través del pensamiento literario de generaciones pasadas y presentes. Porque no se puede negar en nuestro continente la importancia cultural del escritor, en quien se conjugan el vigor del intelecto y el don divino de la intuición. El desaparecimiento de Latcham fue, por eso, un golpe que repercute en la sensibilidad histórico-cultural de los pueblos de habla hispana.

La primera parte de la antología —tras un bello prólogo de sus discípulos Calderón y Lastra— es testimonio de su interés por las letras americanas. Y cada ensayo conlleva la excelencia de su impronta: estilo ameno, omnisciencia, sensibilidad comprensiva, ponderación en el juicio, claridad conceptual, y evocación vívida de autores y ambientes. Magnífico en todo sentido es, por ejemplo, el cuadro inicial que rememora la poesía del mexicano Salvador Díaz Mirón. Gran parte del ensayo capta los hechos salientes de la vida del vate, de los tiempos turbulentos y de los sucesos políticos en que se vio envuelto, de tal modo que más de medio siglo de historia mexicana pasa ante nuestros ojos, prende la imaginación, y coloca al poeta en su cabal contexto. Así, la producción poética no es un fenómeno aislado, circunstancial, sino que va aderezado en la salsa vital del creador como partícipe en los acontecimientos múltiples, tanto públicos como privados, de su azarosa existencia. En éste y otros trabajos, Latcham plasma de vida la historia fascinante de los pueblos hermanos, enmarcando en ella la figura de sus elegidos. Hermosa es la evocación de Mariano Azuela, a quien Latcham llegó a conocer personalmente. Al pintar en sólidos y armoniosos colores la personalidad del escritor insigne, Latcham infunde una nueva dimensión a nuestra propia lectura de *Los de Abajo*.

Como testimonio de la importancia que Latcham asiagnaba al proceso histórico, en su acepción de cosa viva, de corazón palpitante, se incluyen ciertos trozos que recuerdan la memoria de personajes cuasilegendarios —“La muerte de Pancho Villa”— u otros de rica enjundia costumbrista, como “Bahía, ciudad alucinante”, “Meditación del ají”, y “Gallos de pico y navaja”. México, Cuba, Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Uruguay, Brasil, Argentina, de todos tiene algo que contarnos Ricardo Latcham, cuya prosapia intelectual no conoce hitos limitatorios. ¡Qué magistral es su retrato de don Francisco de Miranda, el Gran Conspirador, con su mezcla de “algo de Cagliostro y de Casanova, de cuyas psicologías existen muestras en su estilo de vida y en su falta de escrúpulos”! Finísima la evocación de Alfonso Reyes, el mexicano incomparable; o la semblanza de Mariano Picón Salas, cuya esencia capta Ricardo Latcham en toda su riqueza. Inútil sería seguir dando nombres, títulos, ejemplos. La parte primera de esta antología, denominada *Lección de América*, ofrece un caudal inagotable de lecturas que, conjuntamente con su maestría narrativa, nos pone en contacto con el alma de Hispanoamérica.

La segunda mitad del libro —*Lección de Chile*— es aún más fascinante porque Latcham se introduce en la médula del pasado nacional. Empieza esta sección con un “Elogio de Coquimbo”, provincia “que sirvió de puente entre dos dominios”. Su método aquí, tanto como en todo lo que toca, busca siempre la vertebración con toda laya de cabos históricos, amenizándolos con su prosa rica, elegante, animada. Tal es su don en este trabajo inicial, en que se unen la historia, la geografía, el sabor vernáculo, la tradición y los rasgos esenciales de sus habitantes, que dejamos el relato con la impresión de que nunca antes habíamos reparado en el significado profundo y en la identidad básica de aquella tierra. “Las frutas de Coquimbo, en los años sin sequía, son como un extracto del paisaje, como adulzadas síntesis del carácter comarcano”... “Estamos en otra dimensión geográfica, que no conoce el Sur varonil ni el Valle Central fragoso, enmarcado por los Andes magníficos. La pulpa frutal ha humanizado al paisaje, que todavía no se engasta en el ascetismo del desierto... Aquí estamos en un punto intermedio, en que la sabiduría provisora de Valdivia levantó una pausa de cordura. Todo participa en la comunión entre el hombre y el ambiente: la suavidad de las aguas, que escasean, la pródiga fantasía de los pobladores, la hospitalidad magnífica de las antiguas familias, la castellana cortesía de las viejas rezadoras. Castilla mezcló su reciedumbre con el rescoldo quechua de los *mitimaes* del Inca...” Entregamos una muestra de la prosa sugerente que ejerce su hechizo misterioso, abriendo paso a la imaginación, vitalizando las savias un tanto resecaadas por el contacto con el mundo contemporáneo, mecánico, aplastante.

“Visión de Santiago del Nuevo Extremo” revive las glorias pretéritas de nuestra capital, examinadas a través de múltiples facetas, de personajes, de crónicas y aconteceres que rematan en los tiempos modernos, remozando

también nuestro concepto, gastado por el uso, de la realidad que es Santiago de Chile. Ensayo erudito, fascinante, de certero enfoque. Lectura obligada de todo chileno. Latcham vuelve a escarbar en la historia del medio siglo pasado en "Las ideas del movimiento literario de 1842", promoción importante en la evolución intelectual de nuestro país. Digno de nota es el examen que Latcham efectúa de Alberto Blest Gana y la novela realista, como así también del naturalismo de Baldomero Lillo, y de la historia del criollismo. En fin, todo lo que toca el ensayista ilustre, adquiere contornos de frescor prístino, de brillantez traslúcida, refrendada por la autoridad magistral del hombre que ha leído vastamente, y cuyos escritos revelan la presencia de un alma viva, dedicada y generosa.

Para concluir, vale repetir la palabra de Mariano Latorre, quien, al referirse a Ricardo Latcham en 1952, dijo, entre otras cosas: "Toda su labor, alguna vez se estudiará en sus multiformes facetas, significa una conciencia de nuestro tiempo, conciencia que tiene ojos y oídos para ver nuestra realidad y para oír sus protestas.

"Latcham es, debemos confesarlo, el único crítico chileno que ha querido entender a Chile. Y por él, apasionado polemista, polemista por amor a la verdad y a la justicia, se han fijado valores y se han derribado falsos ídolos".

Algo de esto se trasunta en las páginas de la *Antología*; pero, acallada la voz por el arribo —siempre inesperado— de la muerte, queda flotando en el ambiente cultural de Chile y de nuestra América el testimonio de su fecunda obra, tan dignamente representada en el volumen que comentamos. Testimonio perdurable, a la memoria de uno de nuestros más valiosos escritores.

ARTURO TIENKEN.

*The Spanish American Reception of United States Fiction 1920-1940*, de ARNOLD CHAPMAN. University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1966.

Es éste un trabajo de importancia fundamental para el estudio de la literatura comparada interamericana. El profesor Chapman hace aquí un recuento y un análisis de la influencia ejercida en la América Hispana por diversos escritores de los Estados Unidos, limitando sus investigaciones, primordialmente, al período comprendido entre 1920 y 1940. El investigador ha consultado todas las bibliografías, leído innumerables ensayos en las colecciones de revistas y en los diarios más importantes, y ha examinado minuciosamente gran cantidad de traducciones en su afán por lograr una visión completa, a la vez que objetiva, del intrincado campo de su elección. Como resultado de tan acuciosa labor, nos entrega este libro apasionante, escrito con humor e incluso salpicado de cierta ironía ocasional, sin perjuicio de la seriedad de su tema. A medida que el autor se acerca a las figuras de nuestro tiempo —o de un tiempo no muy